

dos. Sin embargo, «es necesario superar la tentación de oponer la misericordia de Dios a su justicia. La misericordia no sustituye a la justicia, sino que la desarrolla» (p. 75; cfr. pp. 95-97), afirma Servais en sintonía tanto con Benedicto XVI como con el papa Francisco. La justificación del creyente vendrá siempre como acto de misericordia por parte del Padre. Sin caer en soluciones laxistas ni rigoristas, resulta igualmente imprescindible la verdad cristiana en el ámbito de la salvación (cfr. pp. 107-108). Las religiones no cristianas presentan un papel preparatorio y precursor de la plenitud de la misericordia divina que nos ha sido revelada en Jesucristo. Esto confiere al mensaje cristiano una dimen-

sión universal y misionera, tal como destacó Henri de Lubac en su obra titulada *Catholicismo* (1938): cfr. pp. 119-120. Por eso la Iglesia es tan necesaria como Cristo, para la justificación del pecador y la salvación de todas las personas; pero ésta ha de tener también –recuerda el teólogo jesuita– presente la dimensión marial, recuerda siguiendo a Ratzinger-Bergoglio (cfr. pp. 129-130). El papa emérito ha rememorado así de modo continuo en esta entrevista la esencial unidad entre amor y verdad, pues cuando «la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan» (Sal 85,11; cfr. p. 134).

Pablo BLANCO

Ramiro PELLITERO, *Eclesiología*, Pamplona: Eunsa («Manuales ISCR», 10), 2017, 225 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3182-5.

Uno de los más importantes retos de los teólogos, y en general de todos los cristianos, es conseguir que se entienda claramente y en profundidad cuál es la naturaleza y la misión de la Iglesia. Esto se debe hacer a distintos niveles, teniendo en cuenta los diversos intereses y capacidades de comprensión: una misma realidad, la de la Iglesia, debe ser mostrada de una forma y con un lenguaje a quien se prepara para la primera Comunión, y de otra y con otro lenguaje para quien forma parte de una comisión de diálogo ecuménico. Todas estas formas de hablar de la Iglesia, en todo caso, intentan transmitir, cada una a su modo, la grandeza de ese *bogar* o *familia* que ha surgido del corazón abierto de Cristo en la cruz. En este manual, dirigido en primer lugar a los alumnos que cursan estudios de ciencias religiosas a distancia, el autor busca ofrecer unos contenidos y pautas que ayuden a penetrar en este misterio tan central en la exis-

tencia cristiana. La Iglesia es, en efecto, «el principio y la raíz, el suelo y la atmósfera, el alimento y el calor, el todo viviente que va penetrando la persona del cristiano» (p. 8).

El manual consta de 16 temas, distribuidos en cuatro partes, además del introductorio («La eclesiología, teología sobre el misterio de la Iglesia»). Los capítulos 2-4 constituyen la primera, dedicada a trazar una breve historia de la eclesiología: la Iglesia en el Nuevo Testamento (con especial incidencia en los escritos paulinos y joaneos y en el Símbolo de los Apóstoles); la Edad Patrística (con San Agustín como uno de los principales puntos de referencia: el «Cristo total»; la estructura sacramental de la Iglesia; la «comunidad de los santos»; la «Unitas catholica»); y la eclesiología desde la Edad media hasta la época contemporánea (desde la Iglesia según Santo Tomás hasta las reflexiones en torno al Concilio Vaticano II).

Los capítulos 5-7 abordan el origen de la Iglesia bajo tres perspectivas: la preparación de la Iglesia en la historia de la salvación (el Israel del Antiguo Testamento en el contexto marcado por la creación, el pecado, la promesa de redención y la Alianza); la Iglesia en cuanto que tiene su origen en Cristo (Reino de Dios e Iglesia; la «fundación» de la Iglesia por Cristo); y la Iglesia en cuanto que tiene su origen en la Trinidad (la importa de las Personas trinitarias en el ser y en la misión de la Iglesia).

Los temas 8-12 estudian el misterio de la Iglesia, es decir, su naturaleza: la Iglesia, nuevo pueblo de Dios y familia de Dios Padre (la eclesiología del pueblo de Dios y la Iglesia como misterio de comunión familiar a imagen de la Trinidad); la Iglesia, cuerpo místico de Cristo (la Iglesia, misterio de comunión en Cristo); la Iglesia, templo del Espíritu Santo (el Espíritu Santo, alma de la Iglesia y principio de su unidad); la reflexión teológica sobre el misterio de la Iglesia en sí mismo (misterio de comunión; comunión para la misión; sinodalidad; implicaciones pastorales); los «estados» de la Iglesia en el tiempo, y María y la Iglesia (la Iglesia en el cielo, en la tierra y en el purgatorio; María, Madre de Cristo y de la Iglesia).

Por último, los temas 13-16 se ocupan de la Iglesia peregrina, especialmente de su estructura, que la capacita para su misión: las propiedades esenciales o «notas» de la Iglesia (unidad; santidad; catolicidad; apostolicidad; indefectibilidad); la Iglesia como «sacramento de salvación» (la relación entre la

Iglesia, «sacramento general», y los siete sacramentos); la Iglesia, comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada (sacerdocio común y sacerdocio ministerial; los carismas; sagrado ministerio, fieles laicos y religiosos; Iglesia universal e iglesias particulares); la dimensión jerárquica de la Iglesia, al servicio de la comunión y de la misión (la sucesión apostólica; el Primado pontificio y el Colegio episcopal; los presbíteros y los diáconos).

Como puede verse por los temas tratados, el manual no puede, ni pretende, ofrecer un tratamiento exhaustivo, sino tan sólo dar las coordenadas generales de comprensión y unas pautas que orienten el estudio de profundización personal. Convivimos con el misterio de la Iglesia a diario, y en no pocas ocasiones hasta los mismos creyentes lo captamos de una forma algo superficial (y no digamos quienes no lo son). Una profundización personal en dicho misterio ayuda a captar mejor hasta qué punto la «comunión» (algo totalmente opuesto al «individualismo»), de los hombres con Dios y entre los hombres, es algo nuclear del cristianismo (es más, de la misma naturaleza humana), y cómo la Iglesia se nos revela en parte como realidad misteriosa y en parte con su concreción temporal, como perteneciente a ese designio eterno de Dios en el que los hombres llegamos a hacer realidad nuestra ese sentido de nuestra existencia, nuestra vocación más profunda.

Juan Luis CABALLERO